

NUEVOS RUMBOS IMPERIALISTAS

HACE cerca de veinticinco años, refiriéndose a las que entonces eran intactas potencias coloniales de primera magnitud, Francia e Inglaterra, el malogrado africanista Antonio Martín de la Escalera escribió: «En estos grandes países, el problema político-colonial está estrechamente ligado con los problemas de la propia economía interior, porque las colonias constituyeron y constituyen para ellos un negocio de tal importancia que entran a formar parte importantísima en el armazón económico y financiero de la metrópoli». Pese a los años transcurridos y a los diversos ejemplos de destutelación de territorios dependientes, ya realizadas o en curso, sigue teniendo validez esta consideración del fundamento entrañable del llamado colonialismo, que parece estar en vías de desaparición, cuando en rigor lo que está desapareciendo son las estructuras de una modalidad del capitalismo que originó esas expansiones esencialmente comerciales que fueron los imperios contemporáneos. Esa modalidad del capitalismo pertenece a un pasado tan próximo a nuestro presente que cuesta trabajo percatarse que ha sufrido tan hondas y decisivas transformaciones que sus supervivencias son casi puramente virtuales. Son como las hojas que llegada la primavera brotan en las ramas de un árbol cuyo tronco está carcomido, muerto.

La fundamental transformación que se registra en el capitalismo actual es el creciente lugar que en el mismo ocupan los técnicos. Ellos son los que velan por la producción y por la buena marcha de la empresa que, de hecho, está en sus manos. En tanto, los auténticos capitalistas batallan en el mundo de la finanza y centran sus esfuerzos en lograr el control, antes que la posesión propiamente dicha, de áreas y sectores económicos. Uno de los medios de lucha de que disponen son las inversiones que, notable diferencia con formas anteriores de capitalismo, no provienen ya del ahorro, sino del crédito, lo que si

ahora significa el predominio claro de la banca sobre la industria y el comercio, apunta en el futuro hacia una forma de capitalismo en que el Estado se convertirá en eje de la vida económica del país, como sucede ya en muchos países, especialmente los marxistas.

Es difícil asignar una fecha al inicio de esta evolución, que estaba en marcha antes de que se acusaran los síntomas fácilmente observables. Sin embargo, puede afirmarse que la segunda guerra mundial ha acelerado el proceso, una de cuyas consecuencias deducidas es la menguante significación de la soberanía política si no está respaldada por la soberanía económica. La coincidencia de este momento con el despertar o el alboroto de los nacionalismos en los países dependientes no es pura casualidad. Aparecen aquéllos como proyecciones ultramarinas de las modificaciones acaecidas en las estructuras económicas mundiales que hacen presagiar nuevas formas de tutela. Considerado el problema colonial con esta perspectiva, se presenta más importante para las metrópolis controlar las actividades económicas que se desarrollan en su dominio ultramarino que ser propietarias o usufructuarias del mismo. Lo que en los Estados Unidos hace cincuenta años se llamaba «adquisición sin anexión». Dicho en otros términos, habida cuenta de la evolución del sistema capitalista en el bloque occidental, desde un punto de vista teórico no debería existir dificultad insuperable para acceder a los deseos de autonomía o independencia más o menos airadamente manifestados por los pueblos dependientes. Sin embargo, en la práctica, estas reivindicaciones han tropezado y tropiezan con resistencias variables por parte de las metrópolis, lo cual induce a pensar que tal resistencia no obedece estrictamente a una doctrina o a mala voluntad deliberada, sino que tiene motivaciones en cierto modo vitales. Son éstas, principalmente, unas economías que están organizadas en torno al provecho derivado de la posesión de fuentes permanentes de materias primas y de mercados ultramarinos destinados a absorber la producción nacional, por una parte, y, por otra, una evolución del capitalismo que no se ha producido en todos los países con el mismo ritmo. En Estados Unidos ha dado un decisivo paso hacia adelante, provocando el desarrollo de poderosas sociedades ayudadas por el Estado que influyen en la nueva repartición internacional de la potencia financiera y, en consecuencia, política. En Inglaterra, el proceso iniciado se halla en una fase compleja después de la experiencia

de planificación laborista. En Francia está en sus albores, presentándose más como una tendencia que como una realidad insertada en la vida nacional. De hecho, al margen de una división entre potencias vencedoras y potencias vencidas, Francia aparece como una de las naciones donde las estructuras económicas han sufrido menos los embates de la evolución activada por la guerra. Es este un signo de fortaleza, pero al mismo tiempo un generador de debilidad frente a los problemas tal y como se plantean en la actualidad. Se pone señaladamente de manifiesto en las encarnizadas resistencias y las violencias a que da lugar la destutelación de los territorios dependientes.

En cambio, a raíz de la segunda guerra, sin grandes forcejeos, Inglaterra arribó a un puerto bastante resguardado del temporal de las reivindicaciones nacionales con una Comunidad de pueblos cuyos miembros a nada están obligados con ella en el ámbito político, que tienen el régimen interno de su elección y sólo conservan en común con la antigua Metrópoli un estilo parlamentario, económico y militar, voluntariamente adoptado, todo ello cimentado por la moneda común y los principios comerciales simbolizados por la libra esterlina. En la primera etapa de la postguerra, India, Pakistán y Ceylán causan alta en esa comunidad de pueblos libres. Pero Inglaterra, prácticamente, no ha salido de esos territorios donde funciona un mecanismo de presencia económica que la independencia no paraliza, y es prueba manifiesta de que la Metrópoli ha logrado adaptarse, en parte, a las nuevas corrientes del capitalismo. Esta adaptación ha resultado facilitada por el hecho de que, con anterioridad a la guerra, Inglaterra se esforzó en acrecentar el papel del comercio inter-imperial en la vida económica de los miembros de la Comunidad, al margen de la presión política ejercida en los diversos territorios con un pragmatismo que la ha salvado de levantar construcciones coloniales coherentes en que no puede ser modificada la vinculación con una parte sin alterar el conjunto.

Sin duda, la nueva ordenación del antiguo Imperio británico no ha dejado de tener repercusiones en la Metrópoli. Pero no ha sido susceptible de causar fundamentales alteraciones en su vida, pues previamente Inglaterra había entrado por el camino de una evolución que aconsejaba desechar la clásica imbricación de lo político y lo económico en Ultramar, basando en esta fórmula el edificio nacio-

nal. De ahí que sin correr el riesgo de un resquebrajamiento irreparable en lo interno y en lo internacional, Inglaterra se ha convertido de proveedor y comprador en banquero del grupo de la libra esterlina en el que están incluidos los pueblos de la *Commonwealth*, con sus estructuras y sistemas económicos propios, muy diferentes entre sí. Por ello ha podido dar a ciertos países una libertad política amplísima, podría decirse que total si la palabra total no implicara la posibilidad de ir de modo inmediato contra los grandes intereses financieros y económicos de Inglaterra. Una operación semejante está en curso en Nigeria, Costa de Oro, la Federación de Malaya y las Antillas británicas, pendiente de que esté en su punto el mecanismo de la presencia económica y la ausencia política. Esos países, en plazo más o menos dilatado, obtendrán su independencia en el marco de una comunidad de intereses. Sin embargo, ciertos sectores del Imperio colonial inglés no reciben los beneficios derivados de esa nueva orientación del imperialismo británico, no totalmente adaptado al momento histórico de reivindicación nacional de los pueblos dependientes, porque su capitalismo no está totalmente adaptado a la coyuntura económica mundial. Es este el caso de Chipre, cuyo vital interés es consecuencia de su posición geográfica con relación al Oriente Medio, zona petrolífera que proporciona a Europa el 80 por 100 de su abastecimiento, y donde Inglaterra está alejada de detentar un control financiero monopolístico. Es también el caso de Kenya, cuya economía de tipo agrícola y colonización europea tiene difícil solución de no querer perjudicar los intereses particulares, parcialmente sin importancia, globalmente cuantiosos. Son circunstancias especiales como éstas las que constriñen Inglaterra a adoptar actitudes semejantes a las que Francia ha venido teniendo de modo generalizado en los territorios de su antiguo Imperio, posteriormente llamado Unión Francesa, cambio de rotulación que por no haberse completado con una modificación del armazón político, económico y financiero metropolitano no evita una desintegración grave para Francia, que necesita ser respaldada por Ultramar para mantener su nivel de vida nacional y seguir ostentando el rango que ha venido ocupando en el plano internacional.

Así lo han entendido y expuesto los propios gobernantes franceses, señaladamente M. Edgar Faure, quien en su alocución radiada de 23 de septiembre de 1955 dijo: «Sin Argelia y sin el Africa

francesa, ¿qué sería de nuestro país? Gravemente perjudicada su economía, comprometida su irradiación mundial, no sería más que el reflejo, cada día amortiguado, de su pasada grandeza». Este esquemático diseño de una situación estadiza, pero susceptible de modificarse, ha sido ampliamente desarrollado por sectores franceses preferentemente preocupados de economía. En general, adolecen éstos del sensible fallo de sacar sus conclusiones de esa situación que dan por correcta. cuando no lo es de momento que requiere un reajuste con la realidad mundial, so pena de que Francia resulte anegada por las corrientes, en cierto modo convergentes, de los nacionalismos ultramarinos y de las orientaciones exteriores de las dos grandes potencias que se disputan el predominio mundial: Estados Unidos y la U. R. S. S. La misma Inglaterra, sin embargo, más al paio de las transformaciones acaecidas en el mundo en esta postguerra, no está a salvo de las amenazas entrañadas en una tendencia a asentar el buscado predominio en la técnica, las inversiones y los créditos ampliamente facilitados a países subdesarrollados que formaron parte de las antiguas áreas imperiales. Dicho en otros términos, la guardia pretoriana que Francia ha montado en torno a la defensa de la Unión Francesa tal y como está concebida y por organizar, en forma de complemento indispensable del equilibrio político-económico francés, corresponde a una fase del capitalismo que el propio capitalismo y el socialismo han rebasado. En la actualidad, no son los lazos político-jurídicos los que crean las condiciones económicas favorables. Es la economía, bajo la forma depurada de ayuda técnica, inversiones y créditos, la que gravita sobre la política de los países y crea lazos más prietos que los derivados de una vinculación jurídica o un dominio político.

Por este camino de renovación de los principios que han informado el pensamiento colonial francés quiso adentrarse el Gobierno Mendès-France al conceder la autonomía interna a Tunicia en 31 de julio de 1954. La oposición airada que suscitó el propósito fué claro exponente de que para los intereses particulares o de grupo, el viejo sistema aun brindaba ventajas que desde su punto de vista justificaba que fuera defendido. De ahí que en el transcurso de las negociaciones, señaladamente al ser reanudadas por el Gobierno Faure, más hipotecado que el anterior por la influencia de poderosos grupos financieros-industriales, aquel intento de renovación se bifurcara

hacia un recortarle las alas a la autonomía tunecina en lo político-jurídico, y encuadrar lo económico en la unión aduanera con Francia, con vistas a no alterar la naturaleza de los intercambios franco-tunecinos, aunque fuera a costa de coartar la industrialización de Tunicia. Coartar o impedir la industrialización de los países incluidos en el Imperio francés ha sido una preocupación que ha pasado casi íntegramente en la Unión Francesa. Esta tendencia antiindustrialista tuvo en tiempos su fundamento cuando los principios del Pacto Colonial eran los que informaban decididamente la política colonial europea. Desde el final de la segunda guerra, esta fidelidad al propósito de ser la fábrica de países ultramarinos que reciben objetos manufacturados y envían materias primas, viene siendo fundamentada por el hecho de que la industria francesa está en parte anticuada o no suficientemente organizada ya que adolece de un defecto de pulverización: numerosas pequeñas industrias de tipo familiar cuyo costo de producción es elevado, habida cuenta, sobre todo, de las cargas sociales que gravitan sobre los patronos franceses. Esa industria tiene grandes dificultades para competir con ventajas en los mercados mundiales, al extremo de que allí aparece merced al apoyo estatal a la exportación. En estas condiciones, es lógico que los sectores industriales y comerciales se aferren a conservar los mercados naturales que constituyen los países ultramarinos. Sin embargo, la industrialización de un territorio ultramarino no implica *a priori* el cierre automático de las fábricas metropolitanas, como se esfuerzan en acreditar los sectores interesados en no evolucionar, en no operar una reconversión de las producciones y de los métodos de producción, porque esa solución inmovilista es la más fácil y, de momento, la más ventajosa. El caso de la India es aleccionador a este respecto. El primer esbozo de industrialización se remonta a 1851 en que se abrió en Bombay una fábrica de textiles. Posteriormente se fueron creando nuevas fábricas de este tipo, al extremo de que en la actualidad, Inglaterra, prácticamente, ya no suministra tejidos de algodón a la India. No se ha hundido por ello la industria británica, en particular la de Manchester. Se hizo una reconversión paulatina y el mercado indio sigue siendo importante para Inglaterra que suministra bienes de equipamiento y productos que sólo pueden ser manufacturados por países con solera industrial. La misma creación en 1912 de la Tata Iron and Steel C.º, con capital indio,

y posteriormetne la implantación de industrias químicas, de aluminio, de máquinas herramientas, etc., tampoco ha significado la pérdida del mercado de la India. Sólo se ha producido un desplazamiento en los sectores de actividad exportadora que han logrado dar salida a nuevas producciones británicas, al margen de vinculaciones político-jurídicas que en la actualidad significan únicamente ventajas económicas artificiales y a plazo limitado. Porque un país importador con estructuras económicas coloniales, es decir, con predominio absoluto de los sectores primarios (agricultura y extracción minera) y con presión demográfica acentuada, tiende hacia niveles de vida cada día más bajos, luego a la incapacidad material de absorber indefinidamente las importaciones procedentes de la Metrópoli.

En este orden de ideas es de citar el ejemplo de Siria y de Líbano a las que en 1917, en un Congreso de la Cámara de Comercio de Marsella, fué asignado el papel de «finca productora de algodón y seda y mercado de productos industriales y capitales franceses». El Mandato permitió ordenar las leyes de manera a que se cumpliera este programa, de suerte que durante su vigencia (1922-1942) no hubo prácticamente industrialización en esos territorios. La invalidación del estatuto mandatario, que rompió los vínculos jurídico-políticos con Francia, ha provocado, sin embargo, un fenómeno de expansión del mercado francés. Las exportaciones hacia Siria y Líbano, que en 1938 eran el 0,53 por 100 de las exportaciones totales francesas, alcanzaron el 1,06 por 100 en 1953. Lo cual parece significar que contrariamente a la tesis sustentada por un neo-colonialismo deseoso de mejorar lo económico sin alterar fundamentalmente lo político, en la solución política, sobre todo hallada a tiempo, de los problemas ultramarinos, se entrafña la posibilidad de salvar e incluso desarrollar lo económico, en tanto, al menos, que no se impongan totalmente modalidades de expansión a la escala de gigantismo industrial y comercial. No fué aquél el caso de Indochina. En primer término, porque la solución política fué dada a destiempo, es decir, con posterioridad al tiempo en que Francia hubiera podido preservar su interés nacional, y no esa suma de intereses particulares o de grupo que, por muchos que sean los sumandos, no se confunde con las conveniencias estrictas de la nación. En segundo término, porque el desmoronamiento paulatino del esfuerzo francés en Indochina dió parte en el pleito a Estados Unidos que es un peligroso competidor,

por lo demás nada opuesto a favorecer la actividad de Japón en el mercado cuyas puertas más fácilmente puede abrir, el del Sur-Vietnam que, incuestionablemente, se está cerrando para Francia. Recientemente la lucha estuvo centrada en la aplicación de los derechos arancelarios que el Gobierno Ngo-Dim-Diem quería calcular sobre la base del valor de la mercancía en el punto de origen y que el Gobierno francés pretendía fuera considerado sobre la base del precio de exportación, notablemente más reducido merced al sistema de primas establecido por Francia, que logró imponer su tesis. En rigor, este pleito se derivó de la mala solución a que Francia se vió abocada como consecuencia de una visión del problema que la llevó a no desligar lo político de lo económico y querer salvar lo último limitándose a retocar lo primero.

La dura lección parece haber dado algún fruto. En el caso reciente, y aun en plena gestación de Marruecos, Francia se ha apresurado a soltar lastre político al conceder la independencia a la zona cherifiana, si bien con la restricción de la «interdependencia». Vago y preciso a la vez, este término se presenta como una posibilidad para Francia de tomar el viento y actuar en consecuencia dosificando la «interdependencia». De momento, la presión de Rabat, presionado por el estado de ánimos del país, ha conseguido el principio del ejército nacional marroquí cuyo primer núcleo es ya una realidad, si no operante de momento, al menos visible. Para organizarlo y sostenerlo, se ha calculado un presupuesto de 50.000 millones de francos que será cubierto por una fórmula financiera *sui generis* acordada con Francia, cuyos detalles, por ahora, desconocemos. En cambio, el principio de la representación diplomática, con su corolario de una política exterior marroquí independiente, como corresponde a un país al que se ha concedido su independencia, ha sido un motivo de forcejeo y discusión, es decir, de negociación. Pero en este terreno Francia luchó a la retirada, como lo evidenció la reacción de malhumor que provocó el nombramiento de un embajador de España en Rabat, que pareció haber destruido un sistema defensivo carente de todo fundamento jurídico y perfectamente ilógico. Por otra parte, las posiciones político-administrativas que Francia pretendió ocupar han sido rápidamente evacuadas después de una veleidat de asociación, cooperación o cogestión en Casablanca por lo menos, y que fué la nota más destacada de un propósito de «interde-

pendencia» en el orden interno marroquí. Las cuestiones relativas a la enseñanza y a la justicia tampoco están firmemente asentadas en el horizonte de las negociaciones. Es de señalar que Francia cuenta con el arma cultural —que tiene en buen uso— para ejercer una influencia formativa en la nación renacida a la independencia con el propósito declarado en los círculos oficiales de pisarle al menos los talones a la democracia de tipo francés que, todo es relativo en este mundo, en el Marruecos de hoy aparece a algunos como un modelo. Pero ni la cuestión de la instrucción, ni la relativa a la justicia —que Francia desea resolver a base de justicia única con un Tribunal Supremo complementado por un tribunal administrativo con predominio de magistrados franceses, al menos al principio— se presentan como el bastión que Francia se dispone a defender con miras a asentar el principio de la «interdependencia». Este bastión es la vinculación de Marruecos a la zona del franco, con todas sus consecuencias que se escapan del marco de la «interdependencia» para resbalar por el terreno de la dependencia. En efecto, cuesta mucho trabajo imaginar que Marruecos pueda ejercer sobre el franco francés y sus peripecias ninguna de las influencias recíprocas implicadas en el prefijo «inter». La argumentación francesa para mantener a Marruecos en la zona del franco es que Francia enjuga el déficit financiero de la antigua zona cherifiana, que absorbe el 60 por 100 de sus exportaciones, etcétera. La tesis francesa desemboca, pues, en la inclusión de Marruecos, con carácter forzoso y al margen de estipulaciones internacionales, en la zona del franco con su correspondiente control financiero. Es lo que entiende por economía unificada de un país unificado, aunque dejando a Tánger al margen de esa unificación, si es posible. El esfuerzo para renovar los antiguos métodos coloniales, que en otros sectores del dominio ultramarino francés parecen heridos de muerte a fuerza de quietismo, no ha podido ir más allá de una destutelación política que sigue siendo tutela a través de un control financiero directo. El cambio no es, por tanto, de naturaleza a ser inscrito sin reticencias en el haber de un intento de Francia para ajustarse, aunque sólo sea temporalmente, al contexto mundial, como es el caso de Inglaterra, más astuta en algunos procedimientos.

Este contexto no es aún una realidad, en el sentido de que actualmente todo se manifiesta bajo forma de tendencias que afloran en

los países independizados y no dejan de coincidir con las observadas en los países que tratan de incluirlos en sus zonas de influencia, asumiendo el relevo de las metrópolis en una nueva etapa de la historia del mundo. De ahí que las negociaciones franco-tunecinas iniciadas sobre la base de los acuerdos de 20 de marzo de 1956, otorgando la independencia a Tunicia, desvirtúan el auténtico problema al centrarse en una interpretación de textos más o menos ambiguos que, en definitiva, representan un postrero esfuerzo para no renunciar a ciertos métodos destinados a salvaguardar algo, de conformidad con viejos principios invalidados por la apresurada carrera de los hechos. Son razones más hondas que tal o cual interpretación de los textos lo que amenaza a Francia en Tunicia. Es la realidad de un país subdesarrollado, con medio millón de parados permanentes y con aguda presión demográfica. El remedio se le aparece al Gobierno tunecino en una puesta en valor e industrialización del país que requiere una ayuda financiera, técnica y material foránea. Sólo en la medida en que Francia pueda facilitarla ampliamente, sin la contrapartida demasiado evidente de exigencias políticas o haciendo hincapié en derechos adquiridos, Tunicia recurrirá a la antigua nación protectora antes que a Estados Unidos o a la U. R. S. S. que se presentan en condiciones favorables para auxiliarla en esta etapa peliaguda. Por otra parte, mientras la previsión francesa se afana en establecer un sistema defensivo en torno a Marruecos para coartar influencias incoartables, porque derivadas del hecho permanente de la Geografía, el Tío Sam ya ha introducido el caballo de Troya de una misión económica. Haciendo caso omiso de que Francia está aún presente en ese país y quiere seguir presente en forma operante y por muchos años, inicia el diálogo directo con el Gobierno de Rabat, encandilándolo con ofrecimientos de créditos para poner en marcha la industrialización de Marruecos.

Técnica, inversiones, créditos... La ayuda que Estados Unidos y la U. R. S. S. están prestando a una serie de países subdesarrollados da mucho que pensar. Induce a la conclusión de que la crisis existente en la Unión Francesa —que no deja de diseñarse en los territorios coloniales británicos— tiene un fundamento económico y expresiones políticas que se condicionan mutuamente. Refleja, en definitiva, no sólo la crisis francesa o inglesa, sino la crisis europea, de

una Europa cuyas finanzas han cesado de estar en primera fila en el mercado internacional y cuyo mecanismo político está agarrotado por una interpretación de la conveniencia nacional cruelmente ajada frente a la pujante lozanía de potencias que postulan el relevo de los antiguos países imperiales.

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA

